



Manifiesto melancólico

Estuvimos en la gran Francia y echamos de menos las veladas, los discursos encendidos y, sobre todo, los manifiestos que te hacían no dormir en una semana. Y pensamos en escribir uno. Al final resultó algo un poco melancólico, quizás por la falta de litio.

*Las puertas están todas abiertas,
las ventanas también, completamente.
Las copas están vacías junto a los platos
y los restos dicen en el lenguaje de la fritanga:
se comió todo pero da lo mismo.
La luna ha sido contada hasta el hastío.
No hay islas desconocidas, se acabaron.
Todos los libros han sido leídos.
Los ríos, navegados, y algunos están secos.
Sólo tú y tu corazón están ocultos,
tú, tu corazón y tu cerebro están cerrados
para el resto que te mira ¿qué saldrá de ti?
No das pistas
Tus ojos tampoco develan su interior, tu voz
disimula muy bien lo que te pasa
y su sonido tapa al de la fábrica que funciona
dentro tuyo
te recorro y no encuentro ninguna pista
que me lleve a descubrir lo que quiero ver de ti.
Pero no importa, me sentaré a esperar hasta que ocurra.
Me sentaré fuera tuyo y no me levantaré más.
Todos los días se irán sumando otras personas.*

*Bajarán de los cerros por millones.
Vendrán como si vinieran por comida.
Como enfermos arrastrándose hacia las postas.
Estaremos todos allí, sentados fuera y frente a ti.
Sentados en el borde de las butacas
hasta que un día te abras para nosotros
desde tu escenario.
Y nos alimentes y nos sanes con tu teatro.
Con tu teatro que no conoce las angostas palabras
producción y mercadeo.
Sólo las anchas: comunicar y emocionar.
O las largas y profundas: contenido y desarrollo.
Con tu teatro que es un espejo
en que me refiero hasta en mis partes invisibles.
Con tu teatro que no calcula ni se idolatra,
ni simplifica, ni se come su propia cola,
al contrario.
Tu teatro misterioso devela a medias lo que
no sé nombrar.
Tu teatro es agradecido y esperanzador.
Tu teatro es religioso y me emparenta
con lo que alguna vez fuimos.
Estaremos —como dije— todos allí, para que
nos alimentes y nos sanes y nosotros
a ti, si se puede.*

Jaime Lorca. 01 de septiembre de 1999